

VI DOMINGO DE PASCUA, CICLO A

Hch 8, 5-8. 14-17; Sal 61; 1Pe 3, 15-18; Jn 14, 15

Si me amáis, guardaréis mis mandamientos; y yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de la verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce. Pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros. No os dejaré huérfanos: volveré a vosotros. Dentro de poco el mundo ya no me verá, pero vosotros si me veréis, porque yo vivo y también vosotros viviréis. Aquel día comprenderéis que yo estoy en mi Padre y vosotros en mí y yo en vosotros. El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ame, será amado de mi Padre; y yo le amaré y me manifestaré a él.

En el presente Tiempo Pascual la Iglesia a través de la liturgia nos ayuda a ver, como el espíritu de Cristo Resucitado, cuando es comunicado y recibido, obra transformando el corazón de los hombres: de hombres pusilánimes, tristes, sin esperanza, cobardes, traidores; en personas que expresan en sus palabras y en sus obras la acción de Dios en ellos y que estas gracias recibidas son para comunicarlas a sus oyentes y para que obren en aquellos que creen en las palabras de estos testigos del evangelio. Los primeros cristianos a través de las lecturas que hemos escuchado aparecen como otros Cristos: luz y sal de la tierra.

El Salmo responsorial en su antífona nos dice: "...grandes son las obras del Señor...", pues en la primera lectura vemos a los discípulos dirigirse a los paganos, pues de esta manera se cumple lo que Cristo anunció antes de su partida: "...Id por todo el mundo...". Es así que los primeros discípulos-apóstoles a través de la predicación veían como había la necesidad de ir creando pequeñas comunidades cristianas para que vivieran en la fe y en el espíritu del Resucitado. Es importante señalar como la acción del Espíritu Santo se va viendo en los primeros momentos de la vida cristiana, como en nuestros días, pues como actúa el Espíritu Santo no solo está en que recrea al hombre que acoge la Buena Nueva del Evangelio, sino que en el accionar del Espíritu Santo va formándose y configurándose el Cuerpo de Cristo: la Iglesia.

Así tenemos en la segunda lectura que San Pedro invita a los creyentes, si son requeridos, a dar razón de su esperanza. Podríamos entonces preguntarnos: ¿qué significa dar razón de nuestra esperanza? Muchas veces creemos que dar razón de nuestra esperanza es hablar de Dios, de su doctrina, de los mandamientos o de alguna indicación de la Iglesia, eso no está mal, pero sustancialmente eso no es dar razón de nuestra esperanza. Cuando el Apóstol Pablo dice: "...ya no soy yo es Cristo que habita en mí..."; el Apóstol en esta afirmación comienza a dar razón de su esperanza, porque hacerlo significa testificar aquello de lo que Dios ha hecho y está haciendo en nuestra vida, es dejar ver la acción de Dios en nosotros, donde nosotros no somos los importantes sino hacer ver que en nuestra vida Dios es el importante, que Él es

la luz de nuestra vida, la sal de nuestra vida; Él sala mi matrimonio, Cristo sala mi trabajo, Cristo sala mis afectos, Él es la luz de mi camino, luz de mi vida, la luz para poder educar a los hijos, la luz para aceptar y comprender que me he equivocado y pedir perdón. Dar razón de nuestra esperanza es anunciar y testificar que Cristo es la roca de nuestra vida y que Dios es nuestro Padre.

De esta manera, el evangelio que hemos escuchado cuando Cristo dice: "...si me aman guardarán mis mandamientos...", está conteniendo lo que San Pedro ha dicho en la segunda lectura, si damos razón de nuestra esperanza es porque Cristo es nuestra esperanza, y si Cristo es nuestra esperanza vivo en el amor en Cristo que nos une al Padre. Pero, como la condición del hombre es frágil, el corazón del hombre es voluble, Dios en su gran amor conociendo nuestra realidad nos ha enviado un Consolador: el Espíritu Santo. Pues el creyente en la Gracia y Fortaleza del Espíritu Santo puede vivir y gozar del amor de Dios. Nuestro Papa emérito Benedicto XVI, en su carta La Caridad en la verdad nos dijo: "...el avance tecnológico ha acercado al hombre todo conocimiento...", pero el hombre de hoy vive una gran soledad, pues el hombre que no ha escuchado la Buena Nueva del Evangelio, hoy vive en el mundo como un huérfano, pues esta orfandad es como una realidad de desamparado, de soledad, y esta soledad no es física sino que es una soledad del corazón, de carencia de amor. Por eso el evangelio de hoy es una Buena Noticia en este tiempo Pascual, porque la muerte y resurrección de Jesucristo ha roto y ha vencido toda imposibilidad e incapacidad del hombre que en otros tiempos no podía perdonar ni reconciliarse, ni aceptar al otro con sus diferencias, por eso en el amor de Cristo el hombre puede amar a su hermano, perdonarlo y aceptarlo. En este sentido se entiende cuando Cristo dice en el presente evangelio que el mundo no puede recibir el Espíritu de la Verdad, pues Dios mira el corazón del hombre, y es así que el Espíritu obra y hace morada en aquel que así como la Virgen María, se abre a los designios de Dios.

Estimados hermanos pidamos al Señor que disponga nuestro corazón, lo haga dócil para que la Nueva Alianza que Cristo ha sellado con su sangre derramada en la cruz, participemos de esta Nueva Creación y nuestra vida resplandezca de belleza en el amor de Dios, y podamos decir como el autor del libro del Génesis cuando narra la creación: "...y todo lo hizo bien...". Al respecto las palabras de nuestro Santo Juan Pablo II: "...Él dará testimonio de mí; y también vosotros daréis testimonio, porque desde el principio estáis conmigo" (Jn 15, 26-27). Estas palabras encierran toda la lógica de la Revelación y de la fe, de la que vive la Iglesia: el testimonio del Espíritu Santo, que brota de la profundidad del misterio trinitario de Dios, y el testimonio humano de los Apóstoles, vinculado a su experiencia histórica de Cristo. Uno y otro son necesarios. Más aún, si lo analizamos bien, se trata de un único testimonio: el Espíritu sigue hablando a los hombres de hoy con la lengua y con la vida de los actuales discípulos de Cristo..." (Juan Pablo II, Homilía en la Vigilia de Pentecostés, 10 de junio de 1980).

Pbro. Oscar Balcázar Balcázar